

—Me dejan decir cosas desagradables.

—Si lo fueran para la mayoría de los lectores, de seguro no las buscaríamos.

—Y sucede lo de siempre: rompo el fuego y abandono el campo.

—Más o menos como quien publica un libro o escribe sus memorias. En el fondo, el propagandista es el ganancioso. Sin que lo mueva encono o malevolencia hacia nadie, usted no pierde ocasión propicia para recalcar las verdades de que está enamorado. Quiere que el legislador sea *simplista* («que simplifica o tiende a simplificar»); quiere que la disciplina no sea de índole policíaca en las escuelas; se desentiende de las faltas llamadas de *conducta*; se indigna cuando a un alumno se le abrumba con tareas que ha de hacer en la casa o cuando se le dificulta su promoción so pretexto de que es indócil o fogoso; proclama que la *inteligencia* es lo capital en el hombre, y que, por consiguiente, el objeto de la escuela es desarrollar la inteligencia y *aparejarla* para la vida . . .

—¡Exactamente! *Instruir* era, entre los latinos, un término de marina: poner a un buque su aparejo para que esté en disposición de navegar. Por eso pido una enseñanza descuajada de cuanto no sea lenguas, matemáticas y ciencias positivas; por eso ataco el acuartelamiento de los muchachos; por eso creo que los directores deben vigilar más a los profesores que a los estudiantes.